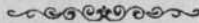




VIDA EJEMPLAR  
DE SANTA ROSALÍA,  
PRINCESA DE PALERMO,

ESPECIAL ABOGADA CONTRA LA PESTE.



PRIMERA PARTE.

En la ciudad de Palermo,  
corte insigne y celebrada,  
en el reino de Sicilia,  
provincia hermosa de Italia,  
nació Santa Rosalía,  
de tan antigua prosapia  
y de sangre tan ilustre,  
que en la cristiandad no hay casa  
de emperadores ni reyes  
con quien no esté emparentada,  
siendo esmalte á su nobleza  
los méritos que la ensalzan.  
Hija fué de Sinibaldo,

de la real casa de Francia,  
conde en Sicilia de Rosas,  
y general de las armas,  
y sobrina de Rugero,  
de quien el reino heredaba.  
Antes que esta rosa bella  
diera al mundo su fragancia,  
se vierón claras señales  
que la Deidad Soberana  
la tenia ya escogida  
para esposa, y destinada  
para ser del mundo asombro  
y aviso de las profanas,

y ejemplar de penitentes.  
Para que en todo imitara  
al Divino precursor,  
quiso que fuese anunciada,  
y así dispuso que un angel  
á su madre visitara,  
y la noticiase el dia  
del feliz parto que aguarda,  
á que á la dichosa niña,  
cuando reciba la gracia  
en el primer Sacramento  
de nuestra Iglesia romana,  
que la llamen Rosalía,  
que asimismo Dios lo manda,  
porque quiere que sus rosas,  
que son timbres de su casa,  
al nacer la den el nombre  
y al morir la coronaran.  
Nació esta hermosa princesa,  
y aunque fué tan deseada,  
no nació para reinar,  
que como prenda tan alta,  
desde sus primeros años  
la tuvo Dios tan guardada,  
que hasta su dichosa muerte  
vivió siempre resguardada.  
Criábase aquesta niña,  
y las primeras palabras  
que pronunció en su niñez  
fué decir con voz muy clara:  
«Jesús, María y José;»  
y desde su tierna infancia  
fué inclinada á la virtud  
y diestra en ejercitarla;  
que aunque tenían sus padres  
maestras que la enseñaran,  
excedió su entendimiento  
las reglas de la enseñanza.  
Era discreta y hermosa,  
muy honesta y recatada,  
y aunque princesa, era humilde  
y de condicion muy llana,  
muy piadosa con los pobres  
y en dar limosna muy franca.  
Mas como siempre á los niños  
todo lo vistoso agrada,  
con el traje de princesa  
se fué inclinando á las galas  
como niña, y no por eso  
hizo su virtud mudanza.

Siendo ya de doce años,  
trata el padre de casarla  
con el conde Valdovinos,  
sobrino del rey de Francia,  
y deudo de Rosalía,  
para que los dos reinaran.  
Mas como Dios la tenia  
para corona mas alta  
escogida por esposa,  
vino amante á visitarla.  
Estando en su cuarto un dia  
ricamente aderezada,  
la dió una criada el espejo  
para que en él se mirara,  
y en lugar de ver su rostro,  
vió á la Imágen Soberana  
de Cristo crucificado  
vertiendo sangre sus llagas,  
y que con voz muy sentida  
la decia estas palabras:  
«Mira cual estoy por tí,  
Rosalía, mal me pagas  
si á la vanidad te entregas:  
deja esas profanas galas,  
y si quieres hermosura,  
á tu rostro color saca  
de esta roja sangre mia,  
que por tu amor se derrama;  
haz de mis espinas joyas:  
y estarás mas adornada,  
que las que en el pecho tienes  
son lazos para las almas  
con que el demonio aprisiona  
á cuantos de Mí se apartan  
buscando su perdicion  
en la liviandad profana.  
Si deseas ser mi esposa  
y quieres lograr la palma  
de mis amadas esposas,  
vete al Salvador mañana,  
y allí harás solemne voto,  
que es mi gusto que lo hagas.  
Recibe Sacramentado  
mi cuerpo, porque tu alma  
se limpie de tus descuidos  
y se adorne con mi gracia.  
Entonces serás mi esposa  
dándome mano y palabra  
de ser, como esposa mia,  
humilde, obediente y casta.»

De este prodigio la niña  
quedó absorta y desmayada  
y la doncella confusa,  
porque también la criada  
conoció que á su señora  
en el espejo la hablaban.  
Recobróse Rosalía,  
y de rodillas postrada,  
bañando en llanto sus ojos,  
ha dicho con tiernas ansias:  
«Soberano dueño mío,  
perdona mis ignorancias;  
confieso que inadvertida  
te he correspondido ingrata:  
ya lo conozco y me pesa,  
mas os doy firme palabra  
de dar por tu amor la vida  
y vivir crucificada  
como Vos lo haceis por mí,  
que amor con amor se paga.  
Yo reuneio ser princesa,  
por ser vuestra humilde esclava,  
que no quiero más corona  
que vivir en vuestra gracia.»  
Se fué Cristo del espejo,  
y al verse en él retratada,  
hizo el espejo pedazos  
piara que no se mirara  
la humilde fragilidad  
donde vió la Deidad sacra.  
Despojóse de sus joyas  
pisándolas con sus plantas,  
y tomando unas tijeras,  
con resolución bizarra  
se cortó el hermoso pelo  
y con desprecio lo trata,  
y desnudándose, dijo:  
«Afuera, profanas galas,  
loca vanidad, á fuera,  
que ya estoy desengañada  
que los adornos del cuerpo  
son borrones para el alma.»  
Se vistió de humilde traje,  
y en su aposento encerrada  
pasó aquel día y la noche,  
y así que rompió el alba  
se fué al Salvador á misa  
sin ser de nadie notada.  
Llamando a su confesor  
le cuenta lo que le pasa,

y prudente la aconseja  
que no se resista en nada,  
que obedezca en todo pronta,  
supuesto que Dios la llama.  
Confesó generalmente  
en tierno llanto anegada,  
juzgando por grandes culpas  
las que fueron leves faltas.  
Recibió Sacramentado  
á Cristo, y para dar gracias  
se entró sola á una capilla  
de la Virgen Soberana  
que tenia un Niño en brazos,  
y de rodillas postrada  
pronunció el solemne voto  
con discretas circunstancias.  
Volvió el Niño el rostro alegre  
y afable la mano alarga,  
dándosela á Rosalía,  
y un precioso anillo en arras  
en señal de matrimonio;  
y la que es llena de Gracia  
fué la madrina, y testigos  
los ángeles en su guarda.  
Estando ya Rosalía  
con su amante desposada,  
comenzó á martirizarse  
por cumplirle la palabra  
con penitencias y ayunos,  
viviendo mortificada  
con tan ásperos cilicios,  
que las sirvientas, pasmadas,  
les dieron cuenta á sus padres  
del rigor con que se trata.  
El padre de Rosalía,  
que tiernamente la amaba,  
y esperaba ver por ella  
la sucesion de su casa,  
juzgando que el nuevo estado  
hiciera en ella mudanza  
abreviando el casamiento  
fué á su cuarto á visitarla,  
y con discretas razones  
y cariñosas palabras,  
dió á entender á Rosalía  
se contara ya casada,  
pues que aquella misma noche  
habian de desposarla.  
Aunque ella calló prudente,  
estaba determinada

á no casarse, aunque viera  
el cuchillo á la garganta.  
Apénas se fué su padre  
cuando vió entrar por la sala  
dos bellisimos mancebos  
ángeles en forma humana,  
diciéndola: «Rosalía,  
sabrás que tu Esposo manda  
te saquemos de palacio,  
que quiere que en la montaña  
de Quisquina, en una cueva  
hagas vida solitaria.»  
Alegróse Rosalía  
lo propio que deseaba,  
y recelando prudente  
el poligro en la tardanza,  
dispuso luego el viaje  
recogiendo sus alhajas,  
cilicios y disciplinas,  
libros y algunas estampas,  
y un divino crucifijo  
el que ella contemplaba  
haber visto en el espejo,  
que siempre tuvo en su alma.  
Y haciendo un lio de todo,  
de los ángeles guiada  
se salió de su palacio  
sin que nadie lo estorbara;  
y yendo por el camino,  
aunque niña y delicada,  
caminaba como un viento  
con el fardillo á la espalda.  
Anduvieron trece leguas,  
y llegando á la montaña  
la subieron á la cumbre  
adonde la cueva estaba,  
diciéndola: «Rosalía,  
esta ha de ser tu morada;  
quédate en paz y no temas,  
que tu Esposo te acompaña,  
y aunque invisibles, nosotros  
hemos de estar en tu guarda.»  
Así que se vió ella sola  
entró á registrar su estancia  
y á disponer su oratorio  
y vestirse de ermitaña.  
Se puso un tosco sayal,

y en lugar de blanca holanda,  
vistió un hábito de cerdas  
para estar mortificada;  
su cama era el duro suelo  
y una piedra su almohada,  
su alimento era la yerba,  
y era su bebida el agua  
que la gruta gota á gota  
liberal la destilaba  
cuando por Dios la pedia:  
y haciendo copas de palmas  
con sus manos, de esta suerte  
la penosa sed saciaba,  
aunque por mortificarse  
la bebia siempre escasa.  
La oracion fue su ejercicio,  
y las disciplinas tantas,  
que jamás se vió en el mundo  
rosa mas disciplinada.  
Aquí estaba Rosalía  
tan contenta y bien hallada,  
como si allí hubiera sido  
su nacimiento y crianza:  
pero el demonio, envidioso  
del valor de esa muchacha,  
dió principio á hacerla guerra  
procurando derribarla.  
La traía al pensamiento  
memorias que la inquietaban,  
acordándola sus padres  
y acusándola de ingrata;  
la acordaba su palacio,  
sus amigas y criadas,  
sus joyas y sus vestidos  
y el regalo de su casa,  
la grandeza en que se vió  
y el estado en que se halla.  
Y viendo que Rosalía  
no hacia caso de nada,  
andaba muy desvelado  
intentando nuevas trazas.  
En donde la dejaremos  
á esta princesa ermitaña,  
y en otra segunda parte  
dirá el autor lo que falta  
hasta la dichosa muerte  
de esta prodigiosa Santa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



## SEGUNDA PARTE.

*En la que se refiere el resto de la penitente vida y prodigiosa muerte de Santa Rosalia de Palermo.*

Dejamos á Rosalía penitente y ermitaña en el monte de Quisquina con dos ángeles de guardia, del mismo Dios asistida, quien por más acrisolarla permitió darle licencia al demonio, que con trazas la tentase en el desierto, porque viese su constancia; con cuyo permiso al punto atiló el dragon sus garras imaginando hacer presa en esta princesa santa. La acometió al pensamiento con mil intenciones varias por echarla de la cueva, y que perdiera la gracia; pero á todo Rosalía tuvo las puertas cerradas,

y viendo que se resiste á las primeras instancias, con visible cuerpo quiso presentarla la batalla. Viéndola, pues, cierto día de todo alimento falta, buscando algunas raíces que la sirvan de vianda, en forma de un caballero que era criado de casa de quien fiaba su padre los negocios de importancia, con grande acompañamiento dió á entender que la buscaba, asustándola primero con ruido de gente y armas. Quiso volver á la cueva, pero los pasos la ataja, y encontrándose con ella, la dijo aquestas palabras:

«Gracias á mi diligencia,  
que bien puedo darle gracias,  
pues por ella he conseguido  
todo cuanto deseaba,  
como hallar tan alta prenda  
que tomé empeño en buscarla,  
después de haber penetrado  
Italia, Francia y España  
buscando tu real persona;  
pero ¿quién imaginara  
que estuviera una princesa  
en una cueva encerrada?  
¿Posible es que una señora  
discreta, hermosa y bizarra,  
siendo princesa en Sicilia  
que sera reina mañana,  
así se deja á sus padres  
y el regalo de su casa  
por vivir entre las fieras  
en esta áspera montaña  
con tan conocido riesgo  
como á su alteza amenaza  
sola en aqueste desierto  
niña, y con tan linda cara?  
¿Por qué quieres imitar  
á Maria la Egipciaca,  
si ella fué tan pecadora  
y tú inocente te hallas?  
Si tú á Dios no has ofendido,  
¿por qué con rigor te tratas?  
Vamos, señora, á palacio,  
que tu padre nos aguarda  
tan penado de tu ausencia,  
que sólo espirar le falta;  
y si por tu causa muere  
te acreditas de tirana,  
y el ser cruel con los padres  
no es justo ni Dios lo manda.  
¿Qué me respondes, señora?  
Resuélvete ya, ¿qué guardas?  
porque si no te resuelves,  
aunque al decoro faltara,  
te habré de llevar por fuerza  
ó dejarte aquí con guardas  
hasta dar cuenta á tu padre,  
que es quien buscarte me manda.»  
Oyendo aquestas razones  
quedo confusa y turbada,  
sin saber qué responderle  
ni poder hablar palabra.

Alzó los ojos al cielo  
y á su amado Esposo llama,  
pidiéndole que la libre  
del peligro en que se halla.  
Acudió el Crucificado  
lleno de luces muy claras,  
y la dice: «Esposa mia,  
no temas, que esa fué traza  
del demonio, que pretende  
amancillar tu constancia,  
pero yo siempre te amparo.»  
Ella respondió humillada:  
«Soberano dueño mio,  
si tu Majestad me ampara  
venga contra mi el infierno,  
que con ser mis fuerzas flacas,  
antes perderé la vida  
que falte yo á mi constancia.»  
La estimó Dios la fineza  
con amorosas palabras,  
y desclavándose un brazo  
estrechamente la abraza,  
arrimándola al costado  
dejándola confortada  
para mayores empresas  
como adelante la aguardan.  
El demonio, muy corrido,  
procuró tomar venganza  
en su delicado cuerpo,  
ya que no pudo en el alma;  
tomando forma visible  
la dice con voz airada:  
«Loca, hipócrita, embustera,  
atrevida, temeraria,  
¿qué haces en esa cueva  
donde vives ignorada?  
¿piensas engañar al mundo  
porque te tengan por santa?  
de todos estos engaños  
tendrás muy presto la paga,  
porque tu padre ya viene  
á llevarte maniatada  
y á encerrarte como loca,  
que ese es el premio que aguarda  
quien da credito á ilusiones  
y fantasías soñadas.  
Ya perdiste ser princesa  
y de tu padre la gracia;  
pero si librate quieres  
vete á España ó vete á Francia,

que allí vivirás segura  
y serás muy estimada.  
Vete, que si no te vas  
pondré luego á esta montaña,  
ó haré que una horrible fiera  
te despedace en sus garras.»  
Mas viendo que no responde  
ni teme sus amenazas,  
la maltrata á crueles golpes  
y por la cueva la arrastra,  
dejando á la santa niña  
mal herida y desangrada;  
mas los ángeles piadosos  
acuden á confortarla.  
Aquí estuvo Rosalía  
cruelmente atormentada  
del infernal enemigo  
por todas partes cercada,  
pero siempre victoriosa  
de infernales asechanzas,  
hasta que el mismo demonio  
determinó ya dejarla  
viendo la empresa imposible,  
pues cuanto mas trabajaba  
más resplandecía en ella  
la corona que la labra.  
Murió su padre á este punto  
y de un ángel fué avisada  
como está en el purgatorio  
que á su Dios por él rogara:  
hizo oración fervorosa  
pidiéndole á Dios que salga  
de las penas que padece,  
que ella se obliga á la paga.  
Salió el padre de las penas  
y vino á darle las gracias  
diciéndola que prosiga  
en la vida comenzada.  
Tres fiestas que Rosalía  
por devoción celebraba,  
Resurrección, Ascension  
y la venturosa Pascua  
del nacimiento de Cristo,  
su Esposo por festejarla,  
las celebraba en la cueva  
con grandeza soberana,  
formándole una capilla  
ricamente aderezada,  
y un supremo sacerdote  
decía misa cantada,

le daba la comunión,  
San Pedro le predicaba,  
y la capilla del cielo  
con su música bajaba,  
é infinitos convidados,  
ángeles, santos y santas,  
y la Emperatriz del Cielo  
la función autorizaba.  
En acabando la fiesta  
le daban todos los gracias  
é infinitos parabienes  
de la gloria que gozaba,  
dejándola á Rosalía  
el alma en gloria anegada.  
En la oración, cierto día  
con humildad contemplaba  
lo mucho que á Dios debía  
y lo mal que ella le paga,  
que El la obliga con finezas  
y ella no le sirve en nada:  
la estremeció este discurso,  
y Cristo, por consolarla,  
se le apareció en la cruz  
y la dijo estas palabras:  
«Muy amada esposa mía,  
por lo mucho que me agrada  
el valor con que padeces  
y el amor con que me amas  
he de darte una corona  
de flores de tal fragancia,  
que han de preservar á muchos  
de la corrupción humana  
de la contagiosa peste  
que mi justicia amenaza,  
y cuantos por tí me pidan  
se librarán de mi saña.  
Ahora es mi voluntad  
que de aquesta cueva vayas  
á vivir en otra cueva  
que te tengo preparada  
en el monte Peregrino,  
á dos millas de distancia  
de Palermo, porque allí  
se perpetúe tu casa:  
los mismos que te dejaron  
que contigo también vayan,  
que esta mudanza ha de ser  
el crisol de tu constancia.»  
Obedeció la doncella,  
y para hacer su jornada

se despidió de la cueva  
recogiendo sus alhajas,  
y por mandato de un ángel  
en una piedra grabadas  
dejó unas letras que dicen:  
«Rosalia Sinibalda,  
hija del conde de Rosas  
y princesa propietaria,  
de mi voluntad renuncio  
cuantas riquezas humanas  
me tocan y tocar puedan.»  
Y en la misma cueva se hallan  
en lengua latina escritas  
como las dejó la santa.  
Pasó al monte Peregrino  
y el palacio que la aguarda  
es una cueva horrorosa,  
muy fria y desabrigada;  
en un peñon eminente  
que está á la orilla del agua  
y en el hueco de una peña  
de lo ancho de dos varas  
hizo nido esta paloma,  
y allí tuvo su morada  
por tiempo de siete años,  
y cuando ya se acercaba  
de su partida la hora,  
de su amor tan deseada,  
enfermó de calentura,  
y viéndose ya postrada,  
pidió á Dios que la conceda  
que ántes que del mundo salga,  
reciba los Sacramentos  
para morir consolada.  
Se la concedió piadoso  
y á los ángeles les manda  
que partan á la ciudad  
y que vayan á la casa  
de Cirilo el sacerdote,  
hombre de vida muy santa,  
y de su parte le digan  
que los Sacramentos traiga  
á una santa penitente  
que á la muerte está cercana.  
Fueron los embajadores,  
y dándole la embajada,

obediente se previno  
de las cosas necesarias.  
Salieron de la ciudad,  
y los dos que le acompañan  
fueron por todo el camino  
alumbrando con dos hachas.  
Llegó Cirilo á la cueva  
donde Rosalia estaba,  
retirada en un rincon  
honestamente acostada.  
Recibió los Sacramentos,  
y luego su Esposo manda  
cuenta á Cirilo su vida  
para que la publicara;  
se la dijo por extenso,  
y acabando de contarla,  
se llenó toda la cueva  
de resplandor y fragancia,  
y vió Cirilo entrar  
á la Virgen Soberana  
siendo trono de su hijo;  
y llegándose á la cama  
de la enferma Rosalia,  
estrechamente la abraza  
y en los brazos de la Virgen  
Rosalia entregó el alma  
en las manos de su Esposo,  
que la puso una guirnalda,  
y coronada de rosas,  
del Esposo acompañada,  
de su soberana Madre  
ángeles, santos y santas,  
subió triunfante á la gloria  
la rosa palermitana,  
dejando acá sus reliquias  
en la cueva sepultadas,  
dentro de la misma piedra  
que al cuerpo sirvió de cama;  
y ahora en el mismo monte  
tiene su templo la Santa,  
y es de todas las naciones  
conocida y venerada.  
Y así pidámosla humildes  
nos alcance de Dios gracia  
de imitarla en sus virtudes  
y libre de peste á España.

(Autorizado segun la Ley vigenta.)